



Víctimas de las bombas que explotaron en uno de los trenes de cercanías en las proximidades de la estación de Atocha el pasado 11 de marzo. / PABLO TORRES GUERRERO

EL 11-M: LA MAYOR MASACRE DESDE LA GUERRA CIVIL

Diez bombas estallaron entre las 7.39 y las 7.41 del 11 de marzo de 2004 en cuatro trenes de cercanías que se dirigían a Madrid. El atentado mató a 191 personas e hirió a otras 2.062 y se ha convertido en la mayor masacre que ha vivido España desde la Guerra Civil. **Por Jorge A. Rodríguez**

Fue el horror. La mayor masacre en un atentado terrorista en la historia de España. Eran las 7.39 del pasado 11 de marzo cuando tres bombas estallaron en el tren 21.431, que acababa de entrar en la estación de Atocha. Casi simultáneamente explotaron cuatro artefactos en otro convoy que estaba llegando a la terminal y que se encontraba a la altura de la calle Téllez. A las 7.41, dos bombas más estallaron en la estación del Pozo del Tío Raimundo y, un minuto después, una más explotó en la estación de Santa Eugenia.

A las 7.10, Luis Garrudo había visto algo raro en la actitud de tres hombres demasiado abrigados para el día que hacía. La portería en la que trabaja está cerca de la estación ferroviaria de Alcalá de Henares. Frente a ella, los hombres que le parecieron sospechosos habían aparcado una furgoneta Renault Kangoo de la que habían extraído va-

rias bolsas de deporte con las que se encaminaron a la estación. Media hora después, 10 explosiones en cuatro trenes de cercanías que habían pasado por esa estación estallaban en un intervalo de apenas tres minutos y segaban la vida a 191 personas. Más de 2.000 ciudadanos sufrieron heridas, muchas de ellas de gravedad. La masacre fue obra de una célula de terroristas islamistas formada por pequeños delincuentes radicalizados que llevaban años viviendo en España. Quienes planearon el atentado escogieron una fecha muy próxima a las elecciones legislativas del 14 de marzo.

Los trenes en los que fueron depositadas las cargas explosivas iban repletos de trabajadores y estudiantes que se dirigían a sus ocupaciones. Habían subido a los vagones en las diversas estaciones que hay entre Guadalajara y Madrid.

“Esto es horrible. Nunca he visto nada así”, relataba por teléfono un bombero que acababa de subir a uno de los vagones dinamitados en Santa Eugenia.

“No se
Los p
pánico
dana r
nocida
Las
conver
atenta
para
habiar
para i
otra c
atenta
ron a
roristr
la que
sospec
tos de
sobre
un jeq
Corán
te escu
pero t
los ext
Era



Familiares de rumanos fallecidos en el 11-M junto a féretros con restos de sus parientes en el avión en el que fueron repatriados. Abajo, centenares de velas encendidas en la estación de Atocha en recuerdo de las víctimas de las explosiones. / P. X. DE SANDOVAL / EFE



“No sé, hay, hay 50 muertos, si no más”. Los primeros minutos de conmoción y pánico dieron paso a la reacción ciudadana más ejemplar y solidaria jamás conocida.

Las Fuerzas de Seguridad estaban convencidas de que ETA trataría de atacar en las fechas previas al 14-M para condicionar el voto, por lo que habían desplegado la Operación Genil para intentar evitarlo. Pero esperaban otra cosa. Inicialmente adjudicaron el atentado a ETA, pero las pistas empezaron a apuntar rápidamente hacia el terrorismo internacional. La furgoneta de la que Garrudo había visto salir a tres sospechosos guardaba en su interior restos de explosivo, ropas, detonadores y, sobre todo, una cinta en árabe en la que un jeque egipcio recitaba las suras del Corán de la familia de Inram, usualmente escuchadas tras el final del Ramadán, pero también como enaltecimiento de los extremistas islamistas.

Era la primera pista, pero no la más

importante ni la definitiva. Sí lo fue una bomba que no estalló y que, tras un más que extraño periplo, fue desactivada esa misma noche. El teléfono móvil con tarjeta prepago que contenía —las bombas

Los trenes en los que explotaron las bombas iban repletos de trabajadores y estudiantes

fueron activadas con el despertador del aparato— abría una vía directa hacia los terroristas. Éstos resultaron ser viejos conocidos de los servicios de seguridad, que los habían investigado con anterioridad por su relación con grupos extremistas.

La pista del móvil, desentrañada por la Unidad Central de Apoyo Operativo (Ucao) de la Comisaría General de In-

formación de la Policía, llevó hasta Jamal Zougam, un empresario de telefonía con negocios en el barrio de Lavapiés, que fue detenido apenas 48 horas después de los atentados, durante la tarde del amargo día de reflexión electoral. Pero el Gobierno seguía diciendo que todo apuntaba a ETA.

Las pesquisas dieron resultados a gran velocidad, pero el nerviosismo era patente entre los investigadores: tenían miedo —un miedo que resultó fundamentado— a que los terroristas intentaran otra masacre similar. Por si había duda, un supuesto portavoz de Al Qaeda reivindicaba el 13-M los atentados en una cinta de vídeo depositada en una papelera junto a la mezquita principal de Madrid y amenazaba con derramar más sangre “como si fuesen ríos”.

Las detenciones se fueron sucediendo durante la semana después de las elecciones, entre ellas las de dos confidentes de las Fuerzas de Seguridad. Gracias a ellos se supo que los terroristas

aún disponían de una importante cantidad de explosivo, posiblemente un centenar de kilos. Los peores temores se vieron confirmados el 2 de abril, cuando fue localizada una bomba en las vías del AVE Madrid-Sevilla. Pero aún quedaba más horror.

El 3 de abril, la policía rodeaba a siete de los terroristas en un piso de la calle de Carmen Martín Gaité, de Leganés. Al ver que no tenían escapatoria, los islamistas radicales llamaron a sus familias: “Vamos a morir, pero lo vamos a hacer matando”. Lo hicieron. Con la dinamita Goma 2 ECO que les quedaba se suicidaron colectivamente y asesinaron al subinspector de los GEO Francisco Javier Torronteras, en el primer atentado suicida cometido por el terrorismo islámico en Europa occidental.

La investigación policial ha permitido detener a 68 personas, de las que 20 han ido a prisión. La comisión de investigación parlamentaria prosigue su trabajo sobre los posibles errores cometidos.